



LA CONQUISTA DEL ESTE

David Pastor de la Puente

LA CONQUISTA DEL ESTE



Primera edición: mayo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Pastor de la Puente

ISBN: 978-84-10253-70-4

ISBN digital: 978-84-10253-71-1

Depósito legal: M-12784-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro está dedicado
a Cris, León y Elsa*

«La derrota tiene una dignidad
que la victoria no conoce».

JORGE LUIS BORGES



I.

La Pedriza, sierra de Guadarrama, principio del verano
1186 a. C.

«Tarsis comerciaba contigo por la abundancia de todas tus riquezas; con plata, hierro, estaño y plomo comerciaba en tus ferias».

EZEQUIEL 27:12

—¿Así...?

—Más despacio, hijita, tendrás que utilizar los fuelles hasta que el sol esté alto. También necesitarás mantener un ritmo constante, el fuego tiene que estar vivo todo el tiempo.

—No sé si podré resistir. El sol acaba de salir... Ufff, hace calor..., ya ha llegado el verano —susurra para sí la niña mientras ve que el nuevo día está naciendo por el valle.

—La malaquita, como los otros minerales, requiere mucha temperatura para que el cobre se funda y se separe de la escoria. De hecho, seguramente tendrás que hacerlo varias veces y pulirlo a mano entre medias... Siéntete a gusto con el calor —le dice su padre... que se siente orgulloso de su hija y de transmitirle lo que le llevó media vida aprender.

Nilda es pequeña, apenas ha cumplido nueve años y siente pasión por el oficio de su padrastro, Imhotep. Él es un maestro de los metales, está reconocido en toda la comarca y se ha labrado su

reputación a base de forjar armas, herramientas, objetos de decoración y adornos con diferentes metales y aleaciones.

Tanto las herramientas como las armas son muy cotizadas, pero últimamente ha recibido muchos encargos para hacer abalorios personales; la gente los utiliza como distintivo de poder económico. Imhotep nació en Egipto. La tierra del enorme río, un lugar de leyenda para los habitantes de la península del que conocen especialmente por historias al calor de la hoguera las noches de cuentacuentos del pueblo. Es moreno con el pelo castaño y corpulento, con el cuerpo acostumbrado al trabajo físico.

Imhotep nunca quiso tener una hija, pero, cuando se encontró a Nilda siendo un bebé, abandonada durante una marcha para recoger minerales de los pueblos vecinos, no tuvo alternativa. Al parecer, la familia de la pequeña, como el resto de inmigrantes, se había instalado recientemente siguiendo una de las oleadas humanas habituales en esta época desde el norte buscando un lugar pacífico y con mejor tiempo donde establecerse. Desgraciadamente, la nueva población había quedado arrasada por el ataque de otro pueblo originario de la meseta, rezumando odio y miedo al bárbaro. Fue entonces cuando la conciencia del egipcio no le permitió albergar otra opción que la de adoptar a la niña. Había visto tanto dolor en su vida, especialmente las últimas décadas con el hambre y el ataque y saqueo de los pueblos del mar sobre los poderosos estados del otro lado de la costa de Levante... Con frecuencia le venían imágenes a la mente de esos años pasados y se quedaba pensando con tristeza... «Solo Dios sabe cómo estará la situación en Micenas..., yo he hecho lo imposible. En la batalla contra esos demonios, le proporcioné a Merneptah el ejército mejor armado y vencimos..., pero qué pasará si aprenden a forjar hierro... Dios nos asista ese día...». Y así pensando en Grecia y en Egipto recogió a la pequeña Nilda y, de ese modo, la vida de ambos cambió de rumbo por completo.

Nilda tiene el pelo liso y muy negro, la piel es muy blanca y los ojos verdes azulados. Es alegre aunque reservada. Evidentemente,

representa muy bien al origen del pueblo del que viene. Imhotep había dejado atrás hacía muchos años la vida de trabajar para el faraón Merneptah forjando sus armas. Cansado de la presión de mantener unas expectativas tan altas y después de haber adiestrado a sus aprendices correctamente, pidió permiso para abandonar su tierra y empezar una nueva vida en un país lejano.

Llegó a Tarsis aprovechando una expedición para comprar metales, especialmente cobre, para el faraón, como había pasado tantas veces antes. La península es famosa por su riqueza en metales.

Sus superiores habían considerado que, si ya no quería trabajar de forjador, al menos deberían de aprovechar sus conocimientos a la hora de supervisar que la calidad del metal extraído estuviera a la altura de los requerimientos. En realidad, sabían que no podían negarle a Imhotep ese cambio de vida debido a los magníficos servicios prestados durante décadas y al favor que tenía el faraón con él.

No sabía lo que buscaba en la vida, pero quiso alejarse del mundo del dinero, de la riqueza y del poder, y se dirigió al norte subiendo desde la tierra de los Tartessos hasta el centro de la península abandonando las grandes ciudades y el mundo moderno que cegaba y alienaba. Él buscaba el silencio de los bosques y algo menos de calor.

Los años trabajando para la corte y dirigiendo las principales líneas de fabricación de la industria metalúrgica de Egipto le habían hecho una persona con un alto nivel cultural. Conocía los principales idiomas y sus escrituras. Había tratado durante muchos años con los micénicos; los hititas, sus bloqueos y embargos mutuos con todos los problemas comerciales; los babilonios con sus bellos palacios y jardines, los pueblos de la costa y las islas del mar, como la rica Alesiya, de donde se obtenía la producción de cobre y estaño, cuando no llegaban mercancías ni minerales suficientes desde Mesopotamia. Conocía muy bien las islas de los minoicos, sus invencibles guerreros con armaduras y a los fieros pobladores del Mediterráneo occidental, cuyo origen se remontaba, según decían ellos mismos, a la mítica Atlántida, de la cual eran los super-

vivientes que se habían refugiado a este lado de las columnas de Heracles. Imhotep intuía que esto también era un argumento que ese pueblo difundía para ser temido, y valorado, a la hora de aportar mercenarios a las guerras.

Lo cierto es que él hacía años que había desarrollado unas cualidades diplomáticas poco habituales en un metalúrgico, pero, claro, su oficio estaba en el ojo del huracán de la época. Le tocaba hacer de todo.

En sus viajes para conseguir metales, el Gobierno lo había enviado incluso a tratar con las gentes del centro del continente. Seguramente con lo que debieron de ser algunos de los pueblos emparentados con los ancestros de Nilda. Incluso viajó más allá cruzando la estrecha franja de océano frío y azul marino.

Conocía la lengua de los celtas y su escritura secreta usada solo por los druidas. Poco podía haber imaginado entonces que en aquellos años, al final de su vida en este pequeño pueblo de la península, tendría que utilizar esa lengua.

Desde luego, él sí había recorrido el mundo y había sido reconocido por los principales comerciantes de la época tanto como por ser embajador del faraón como por ser experto en la metalurgia.

Nilda es su mayor alegría. Cuando la encontró, siendo un bebé, tenía colgada una inscripción en la lengua runa celta en la que ponía su nombre, muy apropiado para las circunstancias de su nacimiento..., que traducido era algo así como ‘guerra’.

Nilda era bajita de pequeña, pero con los años se hizo guapa a más no poder, aunque tenía bastante simpatía entre los chicos del poblado, no tanto entre las chicas, que pensaban que sus brazos fuertes y sus manos con callos así como la cara, muchas veces manchada de la tierra de extraer los minerales o del fuego, la hacían poco femenina.

Nunca le faltan ayudantes para ir a recoger la casiterita de donde sacan el estaño o la malaquita y el cobre, o un par de brazos fuertes que le ayuden a mantener el ritmo de los fuelles mientras calienta el horno.

El pueblo donde viven está en lo alto de una colina desde donde se divisa el río que transcurría por el valle y que viene de la montaña que mantiene la nieve hasta el verano. Tiene las casas hechas de piedra y con frecuencia no labradas, cuyos techos son troncos y ramas al modo habitual de los castros celtíberos, como los pueblos vecinos vetones del otro lado de la cordillera.

El monte está lleno de casas así, muchas rectangulares y otras circulares, pocas tienen más de dos habitaciones y, en algunos casos, cuando las familias poseen bastante ganado, construyen un pequeño recinto para ello, eso si es que no comparten el mismo techo que los animales.

Sus vecinos del otro lado de la montaña piensan que están un poco atrasados, pues no tienen una verdadera ciudad con una ruta comercial, aunque fuese local, como tienen ellos; especialmente con otros pueblos vetones y ocasionalmente con comerciantes que se acercan desde el sur de la península.

Hay diversos dólmenes en las afueras del poblado de la montaña, no son muy refinados, pero cumplen su cometido. También hay un centro religioso cerca del río donde los druidas realizan ofrendas y sacrificios.

A decir verdad, Imhotep sabe que el poblado es bastante humilde, especialmente si lo compara con las poderosas ciudades de su tierra natal o de Micenas y Troya, o de Ugarit. En su interior, siente que la mayoría de las gentes de este pueblo de montaña no podrían imaginar aquellas construcciones ni estructuras de ingeniería, así como no podrían creer la facilidad con la que se construían puentes, carreteras y palacios decorados con frescos de colores y abundante oro donde trabajan artesanos que viajan por todos los países, ganándose el sustento de su talento. En aquellas tierras lejanas donde se dominan conocimientos de matemáticas desde hace siglos y se aplican a la arquitectura de sus ciudades.

Aquí, en el centro de la península, uno de los mayores acontecimientos es la matanza del cerdo o la doma de los caballos, y el egipcio duda mucho que esas inquietudes de su tierra natal hubie-

ran prosperado en esa época en la aldea. Sin embargo, él considera importantes esos conocimientos y a su hija se los ha ido transmitiendo con los años. Gran parte de aquello que conoce no es solo el trabajo de los metales, sino que también domina bien las lenguas escritas y muchas más cosas de las cuales la mayoría chicas se ríen, pues no parecen nada importantes a la hora de concertar un matrimonio en su clan.

Imhotep tiene en su memoria imponentes palacios y enormes puertos. Ejércitos profesionales, no como sus vecinos, que utilizaban ondas y esporádicamente algún hacha de bronce que en la mayoría de los casos él se las ha fabricado. En esas tierras lejanas, hay soldados con armaduras y cascos.

Los poderosos Estados tienen cuerpos de funcionarios y escribas que trabajan para las clases dominantes y los reyes.

Tan diferente es el mundo de donde ha venido, tan conectadas esas naciones que parece que las grandes distancias se empequeñecen y los reyes envían sus correspondencias en diferentes idiomas, para solicitar productos para intercambios, apoyo militar o concertar matrimonio con lejanos reinos.

Pero él, que ha vivido todo eso y más, se dedica con frecuencia a apreciar la paz y el silencio del monte, el sol metiéndose por las cumbres nevadas, la abundante lluvia del otoño y poder acercarse a las minas sin temer a las hordas de bandidos que últimamente asolan los imperios del Este.

Aquí, en el pueblo, han levantado unas potentes murallas del doble de la altura de un hombre y de unos dos pasos de anchura que se extienden a lo largo la colina, pensando que así mantienen el poblado a salvo... En el fondo de su corazón, Imhotep considera a los pobladores de la aldea ingenuos, pero a la vez bondadosos, y en su interior ha desarrollado en poco tiempo un cariño especial a la zona y sus habitantes.

El lugar es hermoso, con muchos bolos de granito que parecen haber rodado de la montaña de forma que aparecen formando siluetas mágicas y cuevas misteriosas donde a los niños les gusta

jugar, especialmente en las últimas horas de la tarde, cuando el sol ilumina los alcornoques que cubren el monte, su mundo.

Imhotep es feliz con Nilda. Su casa está un poco separada del núcleo principal del castro, no muy alejada de una de las torres de la muralla donde la niña jugaba con sus amigas de niña y fabricaba frecuentemente hornos con barro y paja para la fundición del metal, aunque a veces, de pequeña, ella imaginaba que eran casitas. Como los hornos tienen un túnel por el que entra el aire de los fuelles y otras dos bocas, una para la entrada del mineral y por la otra para la salida del metal fundido, las pequeñas manos entonces de Nilda disfrutaban mucho agujereando la construcción cuando aún no se había secado.

Los primeros años fueron pasando felices, con sus fríos inviernos y otoños lluviosos. Imhotep disfrutaba mucho tras años del calor de Egipto.

Nilda tiene ya dieciséis años, se está convirtiendo en una experta en el oficio y sabe trabajar con destreza la plata, forjar el bronce cuando tienen estaño para mezclar con cobre y, en algunas ocasiones, por encargo, puede trabajar alguna pieza de oro.

Imhotep le sigue enseñando la lengua de los tartesios y su escritura a Nilda, así como el egipcio y los jeroglíficos porque presiente que tal vez un día lo podría necesitar.

Es la chica, en parte muy querida, en parte muy admirada y también en parte envidiada por las gentes del poblado.

En algunas ocasiones, en la noche del día de fiesta durante la luna llena, el poblado se reúne alrededor del fuego compartiendo las noticias o las historias que les llegan.

A Nilda le gusta ese momento porque Imhotep suele contar historias de sus viajes. Él había pasado incluso el estrecho más allá de las columnas de Heracles y, navegando hacia el norte, había llegado a unas islas muy ricas en minerales en el frío e inmenso océano de olas como montañas donde naufragan los barcos con facilidad. Ella lo admira.

Alrededor de la hoguera se encuentran otros chicos y chicas jóvenes, como ella. Especialmente, siente mucha simpatía por Breo-

gán, el hijo del jefe del poblado. Cree que es más honesto que los demás chicos, aunque también bastante serio. Supone que es así porque desde que era pequeño fue educado para asumir la responsabilidad que le tocaría con las preocupaciones propias de un líder. En especial la de proteger a su pueblo. Esta noche, está sentado enfrente de ella, y a su lado tiene a Drusila, cuya familia es una de las pocas que no se dedican al pastoreo o a las tierras, sino que mantienen el negocio del comercio abierto gracias a los tratos que tienen con Arrio, el griego, que pasa por el pueblo en cada estación con mercancías llegadas desde el sur, de Tarsis.

Drusila es alta y guapa, morena de piel y el pelo largo y rizado negro, y no le tiene ningún aprecio a Nilda, que considera una paria sin una familia auténtica, venida de un pueblo extranjero que pasa las horas fundiendo minerales y dando martillazos al metal. Hay también otra razón. Sospecha que Breogán, con el cual su familia quiere casarle, siente admiración irracional por la metalúrgica... Y tiene razón, Breogán no se lo ha dicho a nadie, pero en el fondo piensa que Nilda es maravillosa, lista, decidida y enamorada de su oficio. No como las otras chicas, pensando en estar atractivas todo el día para los otros chicos... Y encima es guapísima, aunque a veces delante del horno este sudando por todos los sitios.

Aunque Imhotep quiere que Nilda esté siempre con él, sabe que su hija tendrá que hacer su vida y también sabe que él no tiene dote y medios económicos para emparentarla con Breogán, que al menos no es un bruto. Drusila también lo sabe. Le gusta pasearse delante Nilda con Breogán presumiendo de su posición y suponiendo que nadie le podrá quitar al futuro líder del poblado. El chico siempre intenta evitar esos encuentros, aunque sus familias presionen. Drusila está que echa fuego esta noche. Nilda se ha puesto un vestido nuevo que solo usa en las reuniones. Tiene la cara y el pelo limpio, parece un ángel; pero, aun así, es una paria sin familia, recogida y que depende de sus martillazos y los de su padrastro en la forja para poder vivir; no como sus padres, que son dueños del comercio de toda la comarca.